

## ESPÍRITU E HISTORIA

### 1. La perspectiva de G. F. Hegel

Pretendemos presentar brevemente la exposición que de la historia hace el filósofo alemán Georg W. F. Hegel, acotando la misma a las ideas expuestas en la introducción general a su obra *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Por tomar sólo esta parte de su obra, sabemos que cometeremos una injusticia con el autor, pero creemos entender en ella la idea central respecto de la relación del espíritu y la historia.

Según Sáenz, “el pensador alemán se propuso buscar una explicación científica de la marcha de la historia. Elaboró una síntesis formidable, englobando en su teoría la historia universal, el arte, la religión y la filosofía. A su juicio no hay sino una realidad, un solo Ser, el Espíritu, la totalidad humano-divina, el hombre-Dios, es decir el hombre que es Dios y el Dios que es hombre”<sup>1</sup>.

En Hegel, la idea rectora es “... que la razón rige el mundo y que por lo tanto también la historia universal ha transcurrido racionalmente”<sup>2</sup> y este es el aporte de la filosofía para la consideración de la historia. En efecto, la demostración de lo que esta razón rectora es y su actividad es una tarea que, como él mismo autor expresa, corresponde a la filosofía por lo que en esta obra expone solo lo necesario para el esclarecimiento de su pensamiento respecto de la historia:

En ella [la filosofía] está *demostrado*, mediante el conocimiento especulativo que la razón -podemos atenernos aquí a esta expresión, sin entrar a discutir su referencia y relación a Dios- es la *sustancia*; es, como *potencia infinita*, para sí misma la materia infinita de toda vida natural y espiritual y, como *forma infinita*, la realización de este, su contenido: *sustancia*, como aquello por lo cual y en lo cual toda realidad tiene su ser y consistencia; *potencia infinita*, porque la razón no es tan impotente que solo alcance al ideal, a lo que debe ser, y solo exista fuera de la realidad, quien sabe dónde, quizá como algo particular en la cabeza de algunos hombres; *contenido infinito*, por ser toda esencia y verdad y materia para sí misma,

---

<sup>1</sup> SAENZ, ALFREDO SJ, “El lugar de la historia en el pensamiento de Santo Tomás”, en *Historia y tiempo en Santo Tomás*, XXVI Semana Tomista, 2001

<sup>2</sup> HEGEL, G.W.F *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial, 2ªed., 1982, p.43

la materia que ella da a elaborar a su propia actividad. La razón no ha menester como la acción finita, condiciones de un material externo; no necesita de medios dados, de los cuales reciba el sustento y los objetos de su actividad; se alimenta de sí misma y es ella el material que elabora. Y así como ella es su propio supuesto, su fin, el fin último absoluto, de igual modo es ella misma la actuación y producción, desde lo interno en el fenómeno no sólo del universo natural sino también del espiritual en la historia universal. Pues bien, esta idea es lo verdadero, lo eterno, lo absolutamente poderoso; que esa idea se manifiesta en el mundo y que nada se manifiesta en el mundo sino ella misma, su magnificencia, su dignidad (...)”<sup>3</sup>.

Esta idea universal, razón divina y absoluta se da existencia por sí misma, se explana y tiene su fin en sí misma. La historia universal es el escenario en que esta idea, razón, espíritu universal explicita necesariamente su naturaleza una y siempre la misma; es “el espíritu de los acontecimientos, que hace surgir los acontecimientos (...) lo universal es lo infinitamente concreto, que comprende todas las cosas, que está presente en todas partes (porque el espíritu está eternamente dentro de sí mismo), para el que no hay pasado y que permanece siempre en su fuerza y poder”<sup>4</sup>.

Para descubrir esta racionalidad de la historia, es preciso distinguir lo esencial. Este autor afirma que la historia se presenta al pensamiento bajo categorías. La primera de ellas es la variación en tanto que personajes históricos, acontecimientos, deseos, lo bello, todo parece pasar y nada permanecer; pero junto a este aspecto negativo, surge una segunda categoría que es la del rejuvenecimiento. Una nueva vida surge de la muerte, pero no al modo del fénix que renace de sus propias cenizas pues “el espíritu no sólo resurge rejuvenecido, sino sublimado, esclarecido. Oponiéndose a sí mismo y consumiendo su figura presente, elévase a una formación nueva (...) Resolviendo su problema, el espíritu se crea nuevos problemas con los que multiplica la materia de su trabajo. Así es como en la historia vemos al espíritu propagarse en inagotable multitud de aspectos, y gozarse y satisfacerse en ellos. Pero su trabajo tiene el mismo resultado:

---

<sup>3</sup>*Ibidem*, p.43

<sup>4</sup>*Cfr. Id.* p.46

aumentar de nuevo su actividad y consumirse de nuevo”<sup>5</sup>. Todas estas formas y creaciones particulares, no pueden agotarse en un fin particular sino que “tras el tumulto de esta superficie debe haber una obra íntima, silenciosa, secreta en la que se conserva la fuerza de todos estos fenómenos: el fin último en sí y por sí”<sup>6</sup>. Aparece aquí la tercera categoría pues en la conciencia existe como una fe en la razón que rige el mundo.

Consideradas las visiones de Anaxágoras y Sócrates respecto de esta razón que rige el mundo, el autor se encuentra con la idea cristiana de Providencia. Pero a Hegel no le es suficiente la fe en la Providencia, que es algo general e indeterminado, sino que pretende conocer los fines que se propone, el plan de la Providencia refiriendo a este principio universal lo concreto y determinado, es decir, los “caminos de la Providencia”, los fenómenos de la historia:

“En la religión cristiana, Dios se ha revelado, esto es, ha dado a conocer lo que Él es; de suerte que ya no es un arcano ni un secreto. Con esta posibilidad de conocer a Dios se nos ha impuesto el deber de conocerlo, y la evolución del espíritu pensante que ha partido de esta base, de la revelación de la esencia divina, debe por fin llegar a un buen término, aprehendiendo con el pensamiento lo que se presentó primero al sentimiento y la representación. (...) Los cristianos están, pues, iniciados en los misterios de Dios, y de este modo nos ha sido dada también la clave de la historia universal. (...) En el cristianismo es doctrina capital que la Providencia ha regido y rige el mundo; que cuanto sucede en el mundo está determinado por el gobierno divino y es conforme a este”<sup>7</sup>.

Este es para Hegel el punto de partida de todo conocimiento filosófico en general y en particular de la filosofía de la historia. Su conocimiento de Dios es un conocimiento que aspira a lograr la evidencia de que los fines de la eterna sabiduría se han cumplido, como en la naturaleza, en el terreno del espíritu real y activo. Es una Teodicea, una justificación de Dios. Así, el proceso histórico es entendido como la realización del Reino de Dios y la filosofía como

---

<sup>5</sup> *Id.* p.48

<sup>6</sup> *Ibid.* p.48

<sup>7</sup> *Id.* pp.54-55

el culto intelectual de un Dios filósofo<sup>8</sup>. Dios gobierna el mundo y, el contenido de su gobierno, la realización de su plan, es la historia universal. Comprender esta realización es la tarea de la filosofía de la historia universal.

Para explicar cómo se realiza la determinación de la razón en sí misma, hay que contemplar la historia universal según su fin último. Lo que se debe contemplar es la Idea pero proyectada en este elemento del espíritu humano. El espíritu es una conciencia pero también su objeto; el espíritu es libre cuando tiene conciencia de sí mismo en su objeto; el espíritu libre tiene el centro en sí, es y reside en sí mismo. El hombre como espíritu es un ser que se ha vuelto sobre sí mismo, que conoce sus fines, que es capaz de reprimir y dejar correr sus impulsos rompiendo su propia espontaneidad y naturalidad. Su actividad como espíritu consiste en superar la inmediatez, en negar esta y al hacerlo, volver sobre sí mismo. “El hombre es aquello que él se hace, mediante su actividad”<sup>9</sup>.

Para el filósofo alemán, “la naturaleza de Dios nos da el ejemplo más sublime. (...) en el cristianismo, Dios se ha revelado como espíritu; es en primer término, Padre, poder, lo general abstracto, que está encubierto aún; en segundo término, es para sí como un objeto, un ser distinto de sí mismo, un ser en dualidad consigo mismo, el Hijo. Pero este ser otro que sí mismo es a la vez inmediatamente él mismo, se sabe en él y se contempla a sí mismo en él y justamente este saberse y contemplarse es, en tercer término, el Espíritu mismo. Esto significa que el Espíritu es el conjunto, ni el uno ni el otro por sí. Por esta trinidad es la religión cristiana superior a las demás religiones. (...) Ella es lo especulativo del cristianismo y aquello por lo cual la filosofía encuentra en la religión cristiana la idea de la razón”<sup>10</sup>.

En la historia, el espíritu universal se encuentra vertido en una forma particular a la cual supera en sí. Es el espíritu del pueblo que aunque particular es uno solo con el espíritu universal. El espíritu universal es el espíritu del mundo tal como se despliega en la conciencia humana. Los hombres de más talento lo conocen y se dejan dirigir por él y guían al pueblo de acuerdo con este espíritu universal. Los individuos desaparecen ante la sustancia universal, la cual forma los individuos que necesita para su fin. Pero los individuos no impiden que suceda lo que tiene que suceder. El espíritu universal es conforme al espíritu divino que es espíritu absoluto. Por cuanto

---

<sup>8</sup> Cfr. LÖWITZ, KARL, *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*. Madrid, Aguilar, 4ªed., p. 64

<sup>9</sup> HEGEL, *ibíd.* p. 64

<sup>10</sup> *Id.* pp.65

Dios es omnipotente está en todos los hombres y aparece en la conciencia de cada uno; y este es el espíritu universal.

La historia universal es concebida entonces como la actividad progresiva del espíritu para llegar a saber lo que es en sí, que se tenga la conciencia de la libertad y así su libertad se realice. El espíritu de un pueblo determinado es sólo un individuo en el curso de la historia universal. El espíritu, al objetivarse y pensar su ser, destruye por un lado la determinación de su ser pero aprehende por otro lado lo universal del mismo y de este modo da a su principio una nueva determinación (...) El espíritu es esencialmente resultado de su actividad; su actividad rebasa lo inmediato, es la negación de lo inmediato y la vuelta en sí. El espíritu es libre. La muerte del espíritu de un pueblo es tránsito a la vida pero ascendiendo desde las determinaciones inferiores hasta los principios y conceptos superiores de sí mismo, hasta las más amplias manifestaciones de su idea<sup>11</sup>. Para cumplir su fin, es decir, realizarse a sí mismo y contemplarse como realidad en la autoconciencia de sí, el espíritu universal se vale de la masa de voluntades, intereses y actividades humanas. Al buscar satisfacer sus propios fines, los individuos y los pueblos sirven como medios o instrumentos a la realización de algo superior que no saben y realizan inconscientemente. Lo subjetivo como algo particular y que tiene meros fines finitos y particulares debe someterse a lo universal. Pero si realiza la idea, es en sí mismo conservador de lo que es sustancial.

“El interés particular de la pasión es, por tanto, inseparable de la realización de lo universal; pues lo universal resulta de lo particular y determinado y de su negación. Lo particular tiene su interés propio en la historia universal; es algo finito y como tal debe sucumbir. Los fines particulares se combaten uno a otro y una parte de ellos sucumbe. Pero precisamente con la lucha, con la ruina de lo particular se produce lo universal. Este no perece. La idea universal no se entrega a la oposición y a la lucha, no se expone al peligro; permanece intangible e ilesa, en el fondo, y envía lo particular de la pasión para que en la lucha reciba los golpes. Se puede llamar *el ardor de la razón*; la razón hace que las pasiones obren por ella y que aquello por lo cual la razón llega a la existencia, se pierda y sufra daño. Pues el fenómeno tiene una parte nula y una parte afirmativa. (...) Los individuos son sacrificados y

---

<sup>11</sup> Cfr. *Id.*, pp.74-75

abandonados. La idea no paga por sí el tributo de la existencia y de la caducidad; lo paga con las pasiones de los individuos”<sup>12</sup>.

El ardid de la razón parece ser introducido por Hegel para armonizar la historia del mundo con el fin último o designio de Dios que influye y se insinúa en las pasiones -acciones de los hombres a modo de agente de las mismas. Por la misma esencia de la historia, el resultado de tales acciones históricas no es algo deseado conscientemente por el hombre. La libertad aparente de sus actos es una ambigua libertad de las pasiones que buscan cumplir un fin particular pero bajo un impulso anónimo que necesita de estas voluntades y decisiones. El ardid de la razón es, para Hegel, “una expresión racional para designar a la divina Providencia. (...) Tanto pueblos como individuos desconocer realmente adónde se dirigen y, lo mismo cuando obedecen que cuando resisten a la voluntad y designios divinos, no son más que instrumentos en manos de Dios. De esta forma, el resultado último de las acciones históricas consiste siempre en algo más y también en algo menos que lo deseado por sus agentes; aquel último designio, sobrepasa y modifica los planes del hombre”<sup>13</sup>.

Para Hegel, “la unión de la voluntad subjetiva y de lo universal es el mundo moral y, en su forma concreta el *Estado*. (...) La voluntad subjetiva, la pasión es el factor activo, el principio realizador; la idea es lo interno; el Estado es la vida moral realizada. (...) El Estado no es una pura abstracción que se oponga a los ciudadanos, sino que estos son elementos, en los cuales como en la vida orgánica, ningún miembro es fin ni medio. Lo divino del Estado es la idea tal como existe sobre la tierra”<sup>14</sup>.

## 2. Algunas consideraciones finales

Hacer una crítica de la concepción de Hegel desde una perspectiva tomista con razón podría llevar a la objeción de que ambos autores han vivido épocas diversas y se ha dado entre ellos una historia de las ideas que los ubica en cosmovisiones diversas, en paradigmas distintos, como se suele decir contemporáneamente. Con todo, creemos que la visión de Tomás está más allá del tiempo y puede aplicarse a cualquier concepción acerca de la realidad, histórica en este caso, por los fundamentos en los que se apoya: la misma realidad misma, fuente de la revelación

---

<sup>12</sup> *Ibíd.* pp.97

<sup>13</sup> LÖWITZ, *Op.cit.* p. 65-66

<sup>14</sup> HEGEL, *Op.cit.* p.100-101.

natural y la Revelación sobrenatural que se consuma en la Persona del Hijo y se transmite a los hombres por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, la concepción de Hegel parte igualmente como la de Tomás de Aquino de la Revelación. Pero la Revelación en el Aquinate no responde a una necesidad de Dios sino a una necesidad de la misma persona humana que se dirige hacia su fin último, es decir a Dios, para su salvación: “Dios, como fin al que se dirige el hombre, excede la comprensión a la que puede llegar sólo la razón. (...) El fin tiene que ser conocido por el hombre para que hacia Él pueda dirigir su pensar y su obrar. Por eso fue necesario que el hombre, para su salvación, conociera por revelación divina lo que no podía alcanzar por su exclusiva razón humana. Más aún, lo que de Dios puede comprender la sola razón humana, también precisa la revelación divina, ya que, con la sola razón humana, la verdad de Dios sería conocida por pocos, después de muchos análisis y con resultados plagados de errores. Y, sin embargo, del exacto conocimiento de la verdad de Dios depende la total salvación del hombre, pues en Dios está la salvación”<sup>15</sup>.

Por una decisión enteramente libre, personal, Dios se revela y se da al hombre. Revela su misterio, su designio benevolente que estableció en Cristo, en favor de todos los hombres, creados libremente por Él para hacer de ellos hijos adoptivos. Al revelarse a sí mismo quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y amarle más allá de lo que ellos serían por sus propias fuerzas<sup>16</sup>.

Tomás de Aquino no desarrolló la noción de historia desde el punto de vista filosófico o teológico, pero la consideró su obra la Historia de la Salvación. La obra del Aquinate se explica como un desarrollo antropológico y ético del peregrinar del hombre hacia Dios, desde la creación y el pecado original hasta el fin de los tiempos. Sus protagonistas son Dios en su unidad Trinitaria, Padre e Hijo e Espíritu Santo y el hombre, pecador redimido por la sangre de Cristo. En efecto es la Encarnación, Muerte y Resurrección de Cristo el acontecimiento central de la Historia.

La historia *profana* es el modo de ser en el mundo del hombre, en su realidad de ser finito y contingente, participado, lo cual no constituye algo negativo, pues la participación en el ser es

---

<sup>15</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q.1, a.1

<sup>16</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 50-51

un acto libre del de amor de Dios en tanto que Él en su simplicidad como Ser o Acto puro de ser no necesita de ningún acto para su Perfección y Felicidad<sup>17</sup>.

Por lo mismo, por la simplicidad de la naturaleza divina no es admisible la actividad, como aquello propio para lograr en las determinaciones la autoconciencia del espíritu universal.

Para terminar con estas reflexiones, la pretensión de explicar “racionalmente” la naturaleza divina ha llevado a la afirmación, quizá metafórica, de que el Espíritu Santo es el Espíritu universal, en tanto que es la síntesis del Padre y su conocimiento de sí en el Hijo.

El Espíritu Santo es el don más preciado que hemos recibido del Padre y del Hijo. Es la fuente misma de todas las virtudes infusas y dones que en esta, nuestra historia de salvación, nos asiste constantemente inhabitando en nuestras almas como el Paráclito y que ha estado presente en toda la Historia de la Salvación. No completa la Revelación ni la Redención que fueron admirablemente cumplidas por el Hijo, sino actualiza la Redención de Cristo en nuestro corazón y nos hace más comprensible la Revelación, en este Su tiempo que acabará con la Parusía.

Ana A. Esposito

---

<sup>17</sup> Es necesario afirmar que todo lo que existe de algún modo existe por Dios: Porque si se encuentra algo por participación en un ser, necesariamente ha de ser causado en él por aquel a quien esto le corresponde esencialmente, como se enciende el hierro por el fuego. Se ha demostrado anteriormente al tratar sobre la simplicidad divina, que Dios es por esencia el ser subsistente, y también se ha demostrado que el ser subsistente no puede ser más que uno, pues si la blancura fuese subsistente no podría haber más que una sola, pues se convierte en múltiple en razón de los sujetos en los cuales es recibida. Por lo tanto, es necesario que todas las cosas, menos Dios, no sean su propio ser, sino que participen del ser, y, por lo tanto, es necesario que todos los seres, que son más o menos perfectos en razón de esta diversa participación, tengan por causa un primer ser que es del todo perfecto. *Ibid.*, I, 44 c